



Comisión 1

Índice

1. Sólo música. Matías Andruzezen
2. El entierro del pasado y la nueva muerte del presente. Camila Fiorella Bazán
3. En un hecho histórico por casualidad. Lucila Bender
4. Asquerosos hippies. Felipe Bertola
5. Sin salida. Martina Canha
6. Un cambio sentimental. Javier Condori
7. Beatlemania. Amparo Crivos
8. Drogas o futuro. Leandro Debesa
9. Los gritos del fanatismo. Josefina Díaz
10. Un gran paso para la humanidad. Micaela Echeverría
11. El día que el rock cambió a la Iglesia. Matías Fernández
12. Con la guitarra a cuestas. Katya Ferreyra
13. Raros peinados nuevos. Ignacio González
14. Amor de caleidoscopio. Antonieta Lavié
15. Anunciando el cambio. Emily Loyet
16. No soy el asesino. Sebastián López Márquez
17. En rebeldía siempre. Damaris Luque
18. Un ajuste cotidiano. Nalea Ivón Mella
19. Elena, mi heroína. Jorge Mendieta
20. Testigo. Mateo Monte
21. The Goats. Karen Müller
22. El amor en tiempos de Woodstock. Macarena Navarro
23. Viaje natural. Sebastián Otero
24. Rebeldía, excesos, amor y muerte. Oriana Persiano
25. Un rock accidental. Álvaro Pimentel
26. Volver. Marco Quiroga
27. Un sueño truncado. Melina Ruiz
28. ¿Una forma de vida o de erradicación? Melanie Russo
29. Luna de miel. Ezequiel Sacchetti
30. Pibes conoce a Rock. Micaela Toscano
31. Todo cambió. Fernando Vitale
32. Susanita, la promiscua. María Sol Zecca

Sólo música

Matías Andruzezen

Vivían en un mundo en donde utilizaban a la presión como estimulante y creador de cultura. Se les prohibió a las personas todo tipo de derechos que ellos ya habían conseguido. La manera de derrotar la coerción era que una banda pueda llenar un estadio. Desde siempre se intentó lograr esto, pero nunca se cumplió el objetivo hasta que una persona oyó a unos chicos tocando música. Eran cinco. Los convenció de ir al estadio a cumplir ese objetivo. Ellos fueron. El furor que causaron fue indescriptible.

Ese hecho provocó una revolución durante nueve años (lo que duró la banda). Sin embargo, después de ellos, otros también pudieron llenar el estadio.

A partir de ese momento, las personas lograron recuperar sus derechos, aunque no todo terminó ahí. Las personas se untaban a escuchar música. Podían estar treinta días haciéndolo en un mismo lugar. Estaban tranquilos, sabían que no iba a ocurrir ningún disturbio.

El entierro del pasado y la nueva muerte del presente

Camila Bazán

Una tranquilidad inmensa. La paz que estaba circulando en la fiesta era tan grande que podían hasta dormir en ella. La misma canción aburrida de siempre y las mismas personas menos divertidas del planeta entero. ¿Son así por falta de cosas nuevas y costumbres? ¿O por no conocer la verdadera felicidad? ¿Y si de pronto algo cambiara? ¿Pero cómo? Soy sólo un chico de 20 años con ganas de sentir adrenalina y hacer algo que ni yo mismo sé qué es. De pronto mi mirada fue directamente hacia el micrófono, me provocó una sensación extraña e inexplicable, algo que nunca había sentido. Una parte de mí quería agarrar el instrumento y cantar profundamente, pero la otra parte tenía miedo al rechazo de la gente.

‘Necesitaba animarme’, sin querer mis manos rozaron los bolsillos de mis pantalones. En él tenía drogas. Jamás había consumido, las había encontrado en la chaqueta militar de mi padre y lo guardé.

Lo tenía en la mano, temblando lo acercaba lentamente a mi boca hasta que cerré fuerte los ojos y tragué. Al abrir los ojos, todo parecía distinto, sentía un furor terrible. Todo me daba vueltas pero lo más importante es que estaba dispuesta a todo. Salté, grité y empecé a cantar. Todos me miraban y veía como lentamente sus pies se movían al ritmo de la música. En ese momento, si moría, moriría feliz. Y si seguía vivo, sería para difundir y explotar esta nueva era que está por venir.

En un hecho histórico por casualidad

Lucila Bender

Mi vuelo de Nueva York a la Argentina está demorado, sin saber muy bien por qué, estoy varada en el aeropuerto John F. Kennedy. Se está yendo el invierno y la primavera muestra sus primeros días lindos. No sé por qué se demoraría el vuelo, no hay tormenta, no hay viento, nada.

Después de casi tres horas de espera, de caminar por los pasillos y amagar con dormirme en los asientos del aeropuerto, veo movimiento, mucho movimiento. Gente corriendo a las pistas, chicas con carteles, periodistas, muchos periodistas con camarógrafos a la rastra. La seguridad del lugar no puede controlar la multitud y empieza a llegar la policía.

Llena de curiosidad, me acerco a preguntar qué pasa. Habla una adolescente de 16 o 17 años a la que le pregunto por qué tanto alboroto. La chica, con los ojos brillosos y una exaltación increíble, me mira y me dice '¡Están por llegar! Los Beatles están a horas de aterrizar'.

Ahí estaba yo, parada en el 7 de febrero de 1964, a tres meses del asesinato de Kennedy, en una crisis por Vietnam y en una época donde los músicos británicos no sonaban en Estados Unidos.

Sin querer y por alguna razón extraña de la vida, estaba rodeada por unas tres mil o cuatro mil personas y unos doscientos periodistas desesperados por la primicia, ya no esperando mi vuelo sino lo que fue la conquista musical de Gran Bretaña sobre Estados Unidos.

De cara al sol, bajan ovacionados los cuatro jovencitos de Liverpool. La gente enloqueció, estallaban en llantos y se desesperaban por llegar a respirar el mismo aire que los músicos. Horas después, cuando la banda partió para el hotel y el aeropuerto se descongestionó, finalmente mi vuelo salió.

Me volví a casa con un momento único, siendo parte de un momento histórico por casualidad.

Asquerosos hippies

Felipe Bertola

Es el año 1962 y en mi futuro cercano hay una sola realidad. En menos de un año voy a ser economista. Papá me regalaría un gran cheque y lo invertiré en la bolsa. Nunca más usaré el metro. Odio el metro. Detesto compartir espacio con esos sucios de pelo largo, que se reproducen como ratas. Esas mujeres, desde que los científicos crearon esa pastilla, sólo tienen relaciones sexuales.

Caminando de vuelta a casa de mis padres, una muchacha me invistió por la espalda, haciéndome tirar mi carpeta de estudios. Ayudándome a levantar mis cosas, pidió perdón mirándome a los ojos con una sonrisa. Era morocha, tenía ojos verdes y llevaba esos atuendos hippies que tanto detesto. Bueno, detestaba.

No pude tener otra que la típica reacción de un futuro licenciado.

-No ves que podés matar a alguien – dije serio.

Me alejé fingiendo enojo, pero algo había cambiado. Esa noche, escuché un disco de rock and roll que mis amigos me habían regalado en broma. Mi vida cambió. Nunca me recibí. Tampoco estoy con aquella muchacha, no volví a verla. De recital en recital, aún la busco para agradecerle.

Sin salida

Martina Canha

“Cuatro personas desaparecieron en camino al recital de Pink Floyd”, fue la primicia durante un mes entero en Estados Unidos, entrando al año 65.

Mei y Johnny eran mellizos. Nacieron en el marco de una familia donde se inculcaban, por sobre todo, la música y la paz. Sus padres luchaban contra la represión que poco a poco los llevó a su fin.

Luego de cumplir 16 años quedaron a cuidado de sus abuelos. Llevaron una vida tranquila pero, a su vez, estructurada. El remordimiento era un sentimiento compartido que crecía cada vez más por su enorme pérdida. Esto los inclinó a formar parte de la cultura que predominaba en esa época, el hipismo. Sentían que este movimiento, poco después convertido en fenómeno, los identificaba desde sus principios.

Sus vestimentas se volvieron multicolores, dejaron crecer sus cabellos y no paraban de seguir bandas de rock a todas partes. Se drogaban, estaban en contra de todo tipo de

violencia y su única preocupación era por el medio ambiente y la paz mundial. Así, comenzaron una vida con inclinación a lo espiritual y con más contacto respecto a la naturaleza.

Como excelentes seguidores de la música, un día, recibieron una propuesta por parte de su grupo de amigos y compañeros del movimiento hippie: Pink Floyd iba a tocar en un descampado que se encontraba a una hora y media de donde ellos vivían. Era un recital donde se promocionaba la paz, a partir de la muerte de una adolescente a manos de la policía, por tener una imagen similar a la de un vago. Ellos, felices, aceptaron.

A Mei le tocó manejar, de acompañante estaba su hermano Johnny y una pareja. Felices, drogados, exaltados por llegar y ver tocar a un gran ídolo del momento, fue lo único positivo que recuerdan de ellos.

Ya había pasado una hora de viaje. Sólo quedaban minutos para su llegada. Fue ahí donde todo sentimiento de felicidad se derrumbó. Un grupo de policías los detuvieron por encontrarlos sospechosos. No había un centímetro de maldad dentro de ese auto, sólo ilusiones que fueron tiradas a la basura.

Reprimieron los sentimientos de los cuatro, abusaron de su libertad. Mei y Johnny sentían que ya habían vivido esta historia. Finalmente, fue así.

Nunca llegaron a destino, nunca escucharon ese recital tan esperado. Desaparecieron.

Un cambio sentimental

Javier Condori

Marcos tenía unos 16 años cuando recibió su primer casete de Los Beatles, desde ese día todo cambió en su vida, empezó un nuevo amor por la música. Cambió su viejo estilo para vestirse por uno más canchero, su personalidad dio un giro y su pasión por el rock se hizo día a día más fuerte.

Empezó a trabajar para comprarse casetes y coleccionarlos, armó un estante a su gusto, acomodándolos en orden alfabético. Consiguió un reproductor de un amigo, se encerraba en su cuarto y los repetía una y otra vez.

Un día se levantó con ganas de innovar con algo nuevo, su pasión ya no iba por sentarse en su habitación y escuchar, quería vivir ese ambiente, disfrutarlo. Pero no todo era tan simple, su familia a pesar de tenerle tolerancia con su gusto no iba a acceder tan fácilmente en dejarlo asistir a un concierto, que en ese entonces eran muy llamativos. Por más trabas que le ponga su familia, ideó un plan y junto a sus amigos logró escaparse de su casa.

Fue algo maravilloso tener esa libertad, sin embargo tenía que afrontar otro problema: conseguir la entrada para el recital de su más querida banda Los Beatles. Encontraron entradas truchas pero que servirían para colarse.

Al momento de entrar su estado de ánimo cambió, fue impactante ver a tanta gente gritar, llorar e incluso querer acercarse al escenario. Era una locura. Desde ese día no solo se afianzó su llamado hacia el rock, sino que transformó su alma.

Beatlemania

Amparo Crivos

Marcela tenía dos años la primera vez que había sentido el ritmo de The Beatles invadir su cuerpo. Mucho tiempo después, conocería lo que es la música.

A los diez años, su hermano Francisco la llevó a su primer concierto de rock nacional, donde conoció a Charly García, quien sería su gran amor después de Paul McCartney.

La música se convirtió para ella en su gran compañía. Todos los meses se compraba nuevos discos e incluso muchas veces la amonestaron en el colegio por llevar su equipo de música tamaño 4x4 para hacer sonar a The Beatles.

Marcela no se preocupaba por la Revolución Cubana, ni por la Guerra de Vietnam, tampoco por la Guerra Fría. Era uno de los tantos adolescentes que a través del camino del sonido encontraron la forma de revolucionar el mundo. Quizá ni siquiera los mismos Beatles notaban la revolución cultural que estaban llevando a cabo. Y el poder y la fuerza de esas miles de personas que se morían y gritaban al ritmo de su compás. Mache, como le decían sus amigos, recordaba los gritos de las mujeres la primera vez que la banda tocó en Estados Unidos y ella hacía lo mismo desde su casa.

Soñaba con el día en que pudiera ver a esos cuatro grandes en vivo. Qué ropa se pondría, con qué canción empezaría e incluso llegó a pensar qué les diría a Lennon y a Paul si tuviese la oportunidad de conocerlos.

-Cuando me regalaron el primer póster de ellos, comencé a hacer un altar que guardo hoy en mi corazón- dijo ella emocionada.

Las tres veces que Paul vino a la Argentina, tuvo la posibilidad de verlo. Las últimas dos, junto a su hijo Martín, a quien le transmitió su pasión. Para todas las ocasiones, aunque ya tiene unos cuantos años, se compró una remera de colores con la ilusión de que él la vea. Pero Paul sigue sin saber que en Argentina hay una mujer a quien le cambió la vida, aunque siempre estuvo allí para ella. El Beatle cierra sus conciertos siempre con Let it be, en honor a su amigo Lennon.

Marcela la escuchó hace cinco meses en La Plata, mientras lloraba abrazada a su familia. A quienes, vale la pena aclarar, obligó a ir al show porque según sus propias palabras, nadie puede perderse de ver a un Beatle.

Ella bailó, escuchó y se quedó con el grito de McCartney diciendo ‘See you next time!’ mientras las luces se apagaba.

Drogas o futuro

Leandro Debesa

Esta es la historia de un adolescente de clase media, que asistía a clase todos los días y además jugaba al fútbol. No sólo eso, sino que era el mejor. Era el delantero del equipo, se destacaba por su estado físico, corría los noventa minutos y no se cansaba.

Un día, optó por dejar los estudios para dedicarse de lleno al deporte, y así, convertirse en un futbolista profesional. Aunque había un problema. A sus amigos les gustaba mucho la fiesta y las drogas. Y, aunque él no había consumido nunca, le resultaba difícil negarse a ellas, cuando le convidaban. Siempre le decían “dale una seca, no te va a hacer nada. Es para pasarla bien, mañana te olvidás”. Así accedió. Le gustó demasiado. Se hizo adicto. Su estado físico ya no era el mismo, se agitaba rápido y se cansaba.

En el fútbol fracasó y los estudios los había dejado. Se quedó sin nada. ¿Cuál fue la lección? Las drogas son malas y los estudios, importantes. No hay que sacrificar algo importante por algo que nos guste, ni sacrificar algo que nos guste por algo importante.

Los gritos del fanatismo

Josefina Díaz

Cartas, relatos, pinturas, música y fanatismo fueron impulsores del comienzo de nuevas formas de expresión y búsqueda de personalidades en los años 60.

Ahí se encontraba Francisca que, con sólo catorce años, escuchaba rutinariamente por la radio discos enteros de rock de la época. En los almuerzos y las meriendas debatía y se informaba junto a sus padres acerca de las experiencias y cambios sociales vividos. Además, sus mañanas y tardes se basaban en saltar y gritar canciones de rock, destacando a Led Zeppelin, The Who y su grupo favorito: The Beatles.

En 1961, para su cumpleaños número quince, sus papás le dieron una gran sorpresa cuando le regalaron la entrada para el recital de The Beatles, que se llevaría a cabo el 5 de enero en Liverpool.

Fue su primera y mejor experiencia en un recital. Al llegar al estadio pudo notar la cantidad de personas en su misma situación. Se sintió identificada y cómoda junto al grupo de fanáticos.

La Beatlemania impulsó el fanatismo entre los amantes de la música alrededor de todo el mundo. Entre ellos, esta niña de sólo quince años.

Remeras, discos, pósters. Lo tenía todo. Pasaron los años, avanzó la tecnología, vivió cambios en los procesos sociales, culturales y musicales pero, aun así, Francisca seguía reaccionando de la misma manera al escuchar a su banda preferida.

Cuando logró notar y visualizar lo que estaba viviendo, se dio cuenta las emociones que transmitía ir a los recitales, como las personas coincidían al pensamiento.

Es hasta el día de hoy que, con 70 años, recuerda cada canción y experiencia musical, volviendo a su juventud que, además de marcar su vida, marcó un comienzo en la música y en la historia del fanatismo.

Un gran paso para la humanidad

Micaela Echeverría

Cuando nos anunciaron la fecha de despegue festejamos muchísimo, de hecho, no recuerdo nada de esa noche. El entrenamiento de toda mi vida daría sus frutos. 16 de julio de 1969, nunca voy a olvidar esa fecha, como tampoco olvidaré el 20 de julio.

El futuro era incierto, no sabíamos qué pasaría. No existía seguro de vida que nos cubriera en una misión de ese tipo, así que decidimos firmar autógrafos, cientos de ellos. En caso de que algo nos pasara, nuestras familias podrían venderlos y obtener algo de dinero.

Ese 16 de julio nos buscaron. Edwin y Michael estaban a mi lado. Mis sentimientos eran mixtos en ese momento, muchas preguntas se me cruzaban por la cabeza: ¿Y si muero?, ¿Y si la nave explota y nunca llegamos? Los tres estábamos callados y muy serios, mirando a la nada. Sabía que teníamos los mismos interrogantes.

Nuestras familias nos fueron a despedir, al igual que el resto de la multitud, pero estaban lejos del lugar de despegue, por precaución.

Saturno V estaba frente a mí. 110 metros y 2 millones 900 mil Kg. De majestuosidad.

Los motores se encendieron, mi rostro se ilumino y comenzamos a elevarnos. Así empezó todo. Apolo 11.

El día que el rock cambió a la Iglesia

Matías Fernández

En los años 60, como de un día para al otro, todo cambió. Los trajes y esmóquines fueron reemplazados por jeans y remeras coloridas, al igual que el pelo corto y parejo por largas cabelleras y rastas. Las noches apagadas por fiestas multitudinarias, la música lenta por una cultura invasiva del rock and roll. Los niños de pecho por los jóvenes rebeldes y sin causa. Esto es, efectivamente, lo que padeció Jack; un cambio rotundo en su vida tranquila, en la ciudad de New York.

Todo comenzó en el verano del 63, Jack iba de camino a la iglesia como todos los jueves por la tarde cuando vio que justo en la esquina, antes de llegar al templo, el local de ropa se transformó en una gran disco de rock. Él no le dio importancia y entró en sus clases de teología bíblica.

En la clase, el profesor habló sobre la importancia de ganar a personas para que sean parte de la iglesia, la familia de dios. Ese mensaje conmovió a Jack y pensó que podía ayudar a

los jóvenes, a esos que iban a las discos como la de la esquina de la iglesia. Se propuso ir y hablarles a todos, subir al escenario y contarles sobre la salvación. Se preparó. Se puso su mejor camisa, lustro sus zapatos, dispuso de su Biblia bajo el brazo y fue decidido a la disco.

Apenas cruzó la puerta quedó anonadado. Música fuerte, mujeres casi desnudas, camperas de cuero y cientos de personas saltando sin ninguna causa en el centro del salón. Aguanto cinco o diez minutos y el calor se volvió insoportable. Fue a comprar una bebida pero no había agua sin gas ni tampoco soda. Sólo había bebidas con alcohol. Se resistió a comprar pero el calor lo agobiaba y se pidió una cerveza. Después de esa pidió otra y otra. Comenzó a escuchar con atención la música, la lírica y el baile, imitando los modos. Siguió bebiendo cerveza hasta que, por último, se sacó su camisa y comenzó a bailar alocadamente en el centro y se sintió libre.

Ese día razonó y pensó “la vida es mucho más que los libros” y nunca volvió a la iglesia, menos a la tradición. Su familia no podía creer cómo paso de ser el ejemplo de la iglesia a un drogadicto sin preocupaciones.

Con la guitarra a cuestas

Katya Ferreyra

La música siempre estuvo presente en la casa de los Gutiérrez. El jefe de la casa, el Sr. Gutiérrez, era fanático del blues, se escuchaba en todos lados, en todos los rincones de aquel cálido hogar. La Sra. Gutiérrez y su hijo Antonio también eran partícipes de la situación. Antonio tomaba clases de canto y piano dos veces por semana. Al principio comenzó para complacer a su padre. A él le gustaba mucho la música y esperaba que su hijo sintiera lo mismo.

Con el tiempo a Antonio le fue gustando el ambiente de la música y tomaba clases por gusto. Pero había algo en él que le decía que debía romper con lo que su padre le había impuesto de chico, y dejarse llevar por lo que la música le transmitía.

Un día, al llegar a su clase de piano, Antonio le pidió al profesor si podía tocar otros instrumentos y otros estilos. Había escuchado en la radio una banda que no sabía su nombre, pero las letras y el ritmo le habían transmitido algo que nunca había sentido. Su profesor aceptó la propuesta y ese día dejó el piano para comenzar su primera clase de guitarra, sin saber que se convertiría en su mejor compañía.

Varios meses pasaron hasta que Antonio volvió a escuchar esa canción, su melodía le había quedado grabada en la cabeza. La reconoció al instante. Volvió a escucharla para saber cómo se llamaba. Su nombre era algo así como Love Me Do, de una banda llamada The Beatles. Con mucha alegría Antonio salió a buscar a su padre para que escuchara esta canción. Al oírla, el hombre repudió esa música, diciendo que solo eran unos chicos que venían a hacerse los rebeldes tratando de romper con la estructura musical que estaba vigente en ese momento. Antonio le expresó que era eso lo que le gustaba y pretendía aprender en sus clases de música, pero su padre se lo prohibió.

Sin importarle, Antonio siguió tomando sus clases y escuchando a esta maravillosa banda que le provocaba sensaciones que nunca había sentido. Con el tiempo, Antonio consiguió trabajo, con lo que pudo comprarse su guitarra. Con los ahorros que tenía decidió irse de su casa en compañía de su guitarra, tratando de mostrarle al mundo las cosas que puede provocar una simple melodía.

Raros peinados nuevos

Ignacio González

Mike había pasado tres años en Vietnam y no pudo creer lo que vio el día que volvió a su casa en Nueva York. Los jóvenes empezaron a tener el pelo cada vez más largo, consumían drogas y hablaban de mantener el amor y la paz. Él pensó que todo lo que combatió estaba invadiendo su país.

Su prima, quien estaba en esta nueva onda juvenil, lo invitó a un recital al aire libre llamado Woodstock. Mike aceptó de mala gana y fueron. Sin embargo, cuando llegaron, su cabeza se dio vuelta. Ver a esa masa de jóvenes le hizo dar cuenta de que su estructura militar y cuadrada ya no encajaban en el mundo donde vivía.

Meses después, Mike tenía el pelo hasta la cintura y hablaba de luchas contra la guerra en Vietnam. Tristemente para él, lo volvieron a llamar del ejército porque debía volver al campo de batalla. El deber por su patria era igual de importante que su nueva ideología y forma de ver la vida. Esa misma noche, Mike le dijo a su prima que lleve todo tipos de drogas a su casa. Ya cuando estaban a punto de caer en una sobredosis, Mike le dijo a su prima 'a ese cementerio no vuelvo'. Acto seguido, se inyectó heroína y nunca más se despertó.

Amor de caleidoscopio

Antonietta Lavié

Llegaron tarde pero todo el mundo ya se encontraba allí, esperándonos. Murmullos, gritos, música y caras desconocidas se agitaban alrededor de los cuatro sargentos.

Al cabo de unas horas la multitud se dispersó pero los pequeños soldados continuaban buscándola con la mirada.

Todas las mujeres del pueblo les habían prometido su amor, les juraban hijos y felicidad, sin embargo los pobres sargentos habían perdido su alma y cabeza por la chica con ojos de caleidoscopio. Solo ellos podían verla, porque ella parecía no notarlos.

Cada uno había tenido su oportunidad de acercarse, pero habían fracasado de la manera más torpe y bochornosa jamás vista. Para recuperarse de tremendos rechazos decidieron dejar de buscarla en persona para poder encontrarla en sus pensamientos. Sus corazones solitarios no resistían otro desencanto.

Ahora la cruzan, tal vez, cuando están dormidos o cuando recién se despiertan. Pero la manera más fácil de verla es por la noche, mirando el cielo, porque sus ojos son tan potentes, su luz es tan vigorosa que es imposible confundirla con una estrella.

Anunciando el cambio

Emily Loyet

Pablo se encontraba sentado en una de las butacas del teatro principal de la ciudad. Luego de un rato de show solo quería que terminara el repertorio de clarinete acompañado de violín que había ido a ver después de un par de temas más. Los artistas se despidieron y el público aplaudió de pie. Pablo salió al hall de entrada junto a su esposa Lara y como era de costumbre se quedaron conversando con una pareja amiga, que también habían asistido al espectáculo.

Mientras que se retiraban del lugar y se despedían uno con otros, un grupo de personas pasó por el lugar. Era casi medianoche por lo que la presencia de los jóvenes llamó la atención. Llevaban ropa poco convencional, tenían peinados raros y tenían un aroma particular. Mientras que se iban moviendo por las calles de la ciudad, gritaban y cantaban, además de que un par de ellos repartían folletos a la gente que salía del teatro. Uno de esos papeles llegó a las manos de Pablo, este lo leyó y se asombró por lo que se visualizaba en el mismo. 'I can't get no, satisfaction' era lo primero que se veía, más abajo se leía en letra

clara: '16.30 horas, Parque Nacional, Rolling Stone'. Ambas parejas se asombraron, la idea de una banda de rock presentada en un lugar público no resultaba atrapante.

Una vez en su casa, Lara se fue a acostar inmediatamente y Pablo como era costumbre se sentó en el sillón de la sala de estar para continuar la lectura de uno de sus tantos libros. Luego de un rato se levantó, fue al baño y se colocó el pijama. Cuando estaba guardando la ropa de ese día, el papel que había recibido horas atrás se cayó al piso. Pablo lo agarró y sin titubear lo guardó en su mesa de luz sabiendo que no era un simple papel, pensando que algún día sería algo más que un anuncio de una banda del momento.

No soy el asesino

Sebastián López Márquez

Cuando escuché el teléfono sabía lo que tenía que hacer. Escuchar lo que me dijo confirmó lo que pensaba. Lo había hecho varias veces pero esta vez sería más sencillo. Ni la CIA ni el FBI me impedirían hacerlo. Dentro de dos meses, el presidente Kennedy será asesinado en Dallas. Sólo debía hacerlo, el FBI y la CIA me desplazarían del lugar.

Para planificar el asesinato, le pedí a estas agencias data concreta del recorrido de Kennedy. Ellos se mostraban muy predispuestos a todos mis pedidos.

Mi plan fue llevado a cabo a la perfección. Me introduje en el Texas School Book Depository como un simple empleado. Fue fácil ganarme la confianza de mi compañera y de mi jefe.

La Carcano M91 la conseguí a través de un amigo. Para llegar a Kennedy tenía que estar a una altura considerable. Me convencí de que el sexto piso tenía la altura que estaba buscando.

Cerca del mediodía del 22 de Noviembre, lo hice. Sabía que no era un gran tirador pero con un par de balas me alcanzaría.

Bueno, el resto de la historia más o menos la conocen. Lo que no saben es lo que pasó luego de aquel hecho. Cuando me estaba acercando a la posición de disparo un agente de la CIA, con un camperón de la KGB, me interceptó y me dijo que él se encargaría de todo. Le pregunté por mi dinero y me contestó que sería mío. Por eso dejé que lo hiciera.

Luego de sus disparos, me devolvió el arma y huyó despavorido. Nervioso, bajé por las escaleras y me topé con un policía. Mi jefe le aclaró quien era y me dejó ir. Cuando iba hacia mi casa, otro policía me ordenó que me detuviera, por eso lo maté. Después, me arrestaron.

Todo esto me olía a pescado podrido. Este es el motivo por el cual escribo esta carta. No sé qué pasará conmigo pero no soy un asesino.

Carta escrita por Lee Harvey Oswald el 23 de Noviembre de 1963.

En rebeldía siempre

Damaris Luque

Con tan sólo 15 años creo que tengo más conocimiento de la década de los 60 que los portales de Internet. Mi mamá y mi abuela se pasaron toda la vida contándome cosas que pasaron hace más de 50 años.

Sin embargo, lo que más me marcó y lo que estoy convencida de que me hubiese gustado vivir fue el tan mencionado y recordado Verano del Amor. También conocido como "Summer of Love". Un festival que fue la consolidación del movimiento hippie, en el barrio de Haigh-Ashbury, en San Fernando.

Me la imagino a mi abuela con sus amigas, estudiantes universitarios, seguramente, posando con sus barbas, colores llamativos y cosas en el pelo. Como una gran postal de la

época, ellos fueron en busca del amor en aquel verano. Escuchando música, fumando y tomando. Los rebeldes para muchos, reunidos todos en el mismo lugar.

Mi abuela no perdió el estilo, ella hoy sigue igual de canchera y rebelde como aquellos tiempos de joven adolescencia. Tiene 88 años y es la persona con el espíritu más alegre que conozco. Usa Instagram, sí. Con más de un millón de seguidores. Comencé yo misma a subir sus fotos porque notaba que tenía una cierta simpatía y calidez.

Sus outfits son imperdibles; usa remeras con hojas de marihuana, túnicas flúo y bikinis a crochet. Llama la atención de muchos, más que nada por su edad. A más de uno le hubiese gustado vivir como ella en los 60.

Sin duda una frase que la representa a Baddie es: “No hay verdadera paz si no viene acompañada de equidad, verdad, justicia y solidaridad. La paz comienza con una sonrisa. Si queremos un mundo de paz y de justicia, hay que poner decididamente la inteligencia al servicio del amor”.

Como si los años no hubiesen pasado, ella sigue en total rebeldía con el mundo, pero es feliz. Y se nota esa felicidad, plasmada en cada foto o video que hace. Ni hablar de las repercusiones que tienen cada una de ellas. Sin dudas Baddie Winkle es la persona mayor con más repercusión en las redes sociales, que nunca abandonó su estilo, alegría y espíritu.

Un ajuste cotidiano

Nalea Mella

Elvis suena de fondo. Las mesas están vacías y la pista está a punto de reventar. Las polleras a lunares flotan de un lado a otro y los pantalones engomados siguen sus pasos de una forma particular.

Todos parecen divertirse y sentirse libres, sin siquiera saber lo que pasaba en la cocina de aquella cafetería.

Metros más allá de esta diversión, se encontraban Jack y Sindy sentados en la mesada charlando de la vida.

-¿Sabías que Zack quiere con Molly? – preguntó él, sacándose el chupetín de la boca.

-Sí, sabía, pero ella no quiere con él y no sabe cómo decírselo – contestó la joven, sacándole la golosina de la mano y llevándosela a la boca.

-¿Y tú? ¿Quieres conmigo?

-Todavía no lo sé – contestó ella riéndose.

Entre besos y caricias la temperatura estaba comenzando a subir cuando de pronto la puerta se abrió de un golpe.

-¡Al suelo Jack, es Walter y viene con su gente!- gritó su amigo Zack mientras entraba a la cocina con una joven de la mano.

Todos se tiraron al suelo y antes de que pudieran salir por la puerta trasera, ésta se abrió y de un portazo entró la luz de una farola de la calle, interrumpido por una figura masculina que estaba allí.

-¿Dónde está mi dinero Jack?- preguntó el chico de la puerta, acariciando su pelo engomado con un peine.

-Púdrete Walter, yo no tengo nada tuyo – contestó Jack parándose del suelo y tomando a Sindy de la mano.

-A mí me parece que sí, es más, si mal no recuerdo en esa chaqueta creo que tienes un bolsillo muy interesante- argumentó Walter, subiéndose a una mesada en el momento en que entraban dos de sus hombres por la puerta que él había dejado abierta.

-Ya no manejo nada de eso y tú lo sabes bien – le contestó Jack cortante.

-Yo sé que sí, incluso mis hombres pueden ayudarte a refrescar la memoria – sugirió de forma sarcástica Walter y antes de que pueda siquiera hacer algo, ya tenía a los dos gorilas sacándole la chaqueta negra de cuero.

Con una sola mano Walter tomó la chaqueta en el aire y con su navaja de bolsillo se decidió por abrir el codo de la manga izquierda de la prenda. Con las manos transpiradas y la voz chillona, Sindy gritó en el mismo momento en el que Walter sacaba una bolsa de pastillas de aquel bolsillo improvisado.

-Es mía, todo eso es mío – gritó intentando parar por lo que estaba por venir.

- Qué lástima que no te crea, corazón –contestó el joven metiéndose la bolsa de éxtasis en el bolsillo.

-Te lo puedo explicar – intentó decir.

-No hace falta- contestó Walter muy tranquilo y antes de que se pueda hacer algo, sacó un arma de su pantalón y de un solo disparo el joven Jack quedó tumbado en el suelo.

-Te dije que era mia, iba a venderla y luego llevarte el estúpido dinero – gritó Sindy entre llantos mientras se arrodillaba en el suelo junto al cuerpo de su novio.

-Ya no lo tienes que hacer, pequeña- respondió con aire sombrío y con la misma arma que había aspirado segundos antes a su novio, le disparó a ella y luego a los dos jóvenes que estaban en la cocina con ellos. Antes de que alguien se diera cuenta, los tres personajes salieron de aquel lugar, dejando correr solo la música de fondo, que provenía de la pista de baile.

Nadie nunca se enteró de qué fue lo que pasó en aquella cocina, sólo recuerdan que fue un ajuste de cuentas y que tuvo un desenlace tan común y cotidiano, como lo eran en ese tiempo.

Elena, mi heroína

Jorge Mendieta

¡Oh, Dios mío! Ya dentro de cuatro minutos me iré del planeta de los humanos, me quema todo el cuerpo. “Elena”. Ella me traicionó. Yo la amaba, la fumaba, la aspiraba, la besaba, la quería. Para que nuestra historia tenga sentido, hay que remontarse a dos años atrás, a 1968. Cuando, a mis veinte años, una tarde de invierno en la universidad, conocí a Elena. La recuerdo muy bien. Hacía frío. Estaba tomando una taza de chocolate caliente, cuando pasó un amigo a invitarme a su casa. Me dijo que para estar caliente y mantenerse en pie interactuaba con varias mujeres. Algunas eran de color verde, otras blancas, o de varios colores.

Lo cierto es que me obsesioné con Elena. Me gustaba de todas las formas posibles, líquidas o sólidas. Pero el máximo placer solo lo sentía cuando ella entraba en mi torrente sanguíneo, provocándome hipoxia. Se transformaba en estado gaseoso, reventando sus burbujas encima de mis glóbulos rojos.

En seguida Elena se transformó en mi novia y prontamente en mi mujer. Teníamos una relación bastante tumultuosa. Estuvimos juntos en Praga pidiendo por nuestros derechos como universitarios, lo que nos catapultó hacia la bella París en un mes de mayo, donde esa hermosa primavera me pasaba con las venas de mis brazos ampollados. Gruesas y casi reventadas de tanto inyectarme. Estuve varias veces detenido por negarme a participar de una guerra estúpida, que solo servía de excusa de las grandes arcas del Tío Sam, que trataba de propagar el capitalismo salvaje en el sudeste asiático.

Después de viví Woodstock. Ese fue el final de esta historia de amor. Elena perdió su interés por mí, ya no sentía placer sino horror en las penumbras de mi habitación. Las sombras que se dibujaban en círculos concéntricos eran ojos con furia y rabia que despedían fuego. En mis sueños me visitaba Satanás que, cuando me hacía el amor sacaba sus enormes garras retráctiles y me abrían literalmente el pecho. Despertaba todo sudado.

De delgadez era de lo más elocuente, mi temperamento cambiaba. Mis cabellos que antes llegaban a la cintura, comenzaron a caerse a borbotones. Mis dientes estaban negros y despedían una gran podredumbre. Las uñas se caían. ¡Ay, Elena! ¡¿Por qué me

abandonaste? Hoy, dos años después, sí que casualidad el 22 del loco, mi locura llega a su fin. No sé a dónde terminaré. Espero que Dios se apiade de mi alma y me lleve con Él. Pero lo dudo. Soy un maldito drogadicto y creo que me iré con el demonio. Él en este momento ha enviado a la parca a retirarme de esta cama de hospital. Mi muerte es inminente ya. He conseguido esconder debajo de la lengua un poco de mi heroína, Elena. Debajo de mi almohada hay una jeringa. Ahora, con mi último esfuerzo, lo preparo. Me inyecto. Y con el último clamor retengo la mirada dulce de mi madre y exhalo mi último suspiro, susurrando el nombre de “Elena”.

Testigo

Mateo Monte

Cuando aquel día en el descanso de mediodía en el trabajo fui a buscar mi pequeña cámara a mi casa, nunca pensé que sería testigo de terrible suceso que hasta el día de hoy repercute y vive en mi cabeza.

Era una jornada tranquila en Dallas, en el trabajo todo normal, con mi compañero George hablábamos sobre qué íbamos a almorzar en la Plaza Dealey. Al salir al descanso del mediodía, notamos un gran movimiento, poco común para aquel lugar, allí George recordó que había escuchado en la radio que la campaña del presidente Kennedy pasaría por una plaza apenas entrada la tarde.

Corrí a mi casa a buscar mi nueva cámara, creí que era la ocasión precisa para estrenarla y junto a mi compañero subimos a la azotea de la fábrica donde trabajábamos, ya que desde allí se veía a la perfección el paso del presidente.

La gente se agolpaba en la vereda de la plaza para recibirlo. Una multitud de civiles y también de uniformados ponían un marco importante al paso del máximo mandatario. El convertible de Kennedy lucía unas banderas flameando, al igual que sus seguidores que miraban su paso atónitos como si fuese un solo de Chuck Berry o el piano ardiendo de Jerry Lee Lewis.

Esa algarabía se desbordó, debo reconocer que pensé que se trataban de fuegos de artificio o de algún tipo de detonación en forma de festejo, pero al lente de mi cámara me lo desmintió instantáneamente, lo que vi me persiguió hasta el día de hoy en mis pesadillas. El cráneo de uno de los presidentes más populares de Estados Unidos volando por el aire no era algo que esperaba ver cuando recogí mi cámara al salir del trabajo.

El impacto de mis imágenes decidían que no toque más una cámara, aquel día hubiese preferido no entrenar mi nueva cámara. Fui testigo clave del magnicidio más importante del siglo XX.

The Goats

Karen Müller

15 de julio de 1965

Querido diario:

La práctica de hoy fue desastrosa. Le dije a los chicos que vinieran a mi casa después de la escuela y el único en llegar, relativamente a tiempo, fue Joe. Dave apareció borracho una hora más tarde, con su nueva novia de segundo año.

Estoy cansada de que Dave no tenga una pizca de responsabilidad en su cuerpo. La Batalla de Las Bandas de la Feria Estatal de Illinois es dentro de tres días y seguimos sonando horrible. La posibilidad de grabar un sencillo está en juego, pero nos enfrentamos contra bandas más populares como The Stormy Weathers y The Jacks.

Como si fuera poco, el idiota de Dave vomitó sobre las plantas de mi madre. Está absolutamente furiosa y lo más probable es que me castigue. No sé cómo haré para escaparme.

Quiero hablar con Joe para sacar a Dave de la banda pero es su mejor amigo. Voy a tener que dejarla yo misma porque mi paciencia tiene sus límites.
Hasta luego. Wendy.

El amor en tiempos de Woodstock

Macarena Navarro

Corría el mes de agosto de 1969, miles de personas colmaban las calles y los campos de Woodstock, a las afueras de la ciudad de New York, rumbo al mayor festival de música.

Esas jóvenes que salían a la calle con sus ropas sueltas, delgadas y de pelo largo, revolucionaban la ciudad con un mensaje de paz.

Uno de ellos era Mark, fundamentalista de la revolución sexual y el amor libre, fanático de The Who, había ido al festival después de mucho esfuerzo. Camino kilómetros y kilómetros con su guitarra y un par de monedas en el bolsillo.

La tarde del 16 de agosto, con su cuerpo lleno de alucinógenos y marihuana disfrutaba del rock. La brisa le volaba la melena rubia, su ropa bailaba al ritmo del viento mientras sonaba "Good morning Little schoolgirl" y ahí la vio.

Ella, esa joven de pelo rizado tan oscuro que casi no brillaba y de una piel tan blanca que hacía notar unos ojazos celestes, disfrutaba al ritmo de la música mientras fumaba marihuana. Había dejado un hueco en el corazón de Mark, que al verla se enamoró. De a poco, Mark, se fue acercando a ella. Entre sonrisas, drogas y rock and roll creció el amor.

Desde ese momento no se pudieron a separar, el uno para el otro. Ahora ya han pasado varias décadas pero ellos y su amor sigue. Viven en una granja a las afueras de New York con la misma juventud y paz de aquellos días en el festival de Woodstock.

Viaje natural

Sebastián Otero

Desde chico siempre los escondía, como si de oro se tratase. En todas las reuniones veía a mi papá fumando en compañía de sus primos y amigos, apartados de las reuniones, formando un círculo de humo.

Durante el resto del día que él no se encontraba en la casa, me pasaba por alto, si había vuelto a encender ese tubo cilindrado. De chico lo creía costumbre solamente de grandes, que usaban trajes y bebían whisky. Esos eran sus complementos para una mejor interacción social.

Una tarde de primavera, Dylan había traído lo que veía que tanto placer le daba a mi papá: un paquete de cigarrillos a medio fumar. Se los había quitado a su mamá, quien en un apuro yendo a su trabajo los había dejado en la meda de cocina.

Lo nuevo se convirtió en hábito, pero fuera de lo vista del resto de las personas. Un amor en secreto de Montesco y Capuleto. Tenía 16 años, y mi lugar era en el parque luego del colegio, solo o con amigos.

En la fiesta de egresados de mi promoción del colegio, Dylan parecía en un principio habernos defraudado. Si bien ya cada uno compraba sus propios paquetes de cigarrillos, él prometió llevar algo nuevo que su primo Taylor le había dado.

Nunca tosió tanto, ni siquiera en los peores resfríos. Podía fumar un atado completo y ni chistar, pero una sola pitada de lo que parecía un pasto envuelto en papel me dejó sin aire.

Cambié los humos, pero porque tenían otros gustos, y éste último me provocaba gran placer. Lo mejor es que era algo más natural y sus efectos y sabores variaban al probar distintas plantas de cannabis.

Los 60 ya finalizaban y para darle un gran cierre a estos años de tantos cambios, decidí ir al festival de música que se programó en el Estado de Nueva York.

Ya tenía 21 años y decidí darme un regalo de cumpleaños anticipado. Para todo esto, un primo me había dado como una especie de cartoncito, o al menos así se sentía al tacto, pero no me dijo qué era. Sólo me dijo que si quería un verdadero efecto me lo ponga en el ojo, sino bajo la lengua.

Que suerte que no había ido en auto, porque el micro nos tuvo que dejar varios kilómetros atrás por la cantidad de autos y gente que llegaban ese 15 de agosto de 1969.

Ya habían pasado dos días, pero seguía guardándolo hasta encontrar ese momento. Luego salió Hendrix al escenario y sucedió. Mi vuelta a casa fue en paz. Había vivido días increíbles. Música y buenas vibras habían finalizado, pero yo me las llevé, al igual que el LSD.

Rebeldía, excesos, amor y muerte

Oriana Persiano

Una pareja de los años 60. Su amor era imposible, sus padres no estaban de acuerdo. Ella, una chica de bien, criada bajo el mandato de unos padres muy exigentes. Tan exigentes que hasta les daba miedo que salga y se maneje sola por sus propios medios. Le habían prohibido tener novio hasta los 17 años. Ya cansada de esta situación dijo basta. Quería tener la vida típica de una joven de quince años: Ir a recitales los cuales estaban sumamente prohibidos para ella.

Una noche, cuando sus padres se fueron a dormir, escapó de su casa para encontrarse con un chico del colegio, de quien estaba enamora. Su idea era ir a un recital de The Beatles, una banda seguida, en su mayoría, por jóvenes que atravesaban una época de absoluta rebeldía.

Se fue con la idea de no volver. Estaba dispuesta a dejar todo por amor y dejar atrás esa vida que llevaba bajo mandatos y restricciones que no estaba dispuesta a soportar más.

Logró irse y disfrutó del recital. Como para ella era todo nuevo, no se privó de nada y hacía todo lo que hacían los demás para no quedar afuera. Sabía que si era encontrada iba a ser castigada, pero no sabía que la tragedia la esperaba detrás de una noche de alcohol y drogas.

Después de recital, decidieron ir a un pequeño bar, que se encontraba a unas quince cuadras de la casa de ella, al que concurrían comúnmente los jóvenes donde los excesos eran protagonistas. Cigarrillos, pastillas, y alcohol mezclados hasta altas horas de la noche era todo lo que consumían. Él ya tenía experiencia sobre esto porque era una práctica reiterada en su vida cotidiana. Ella se dejó llevar.

Alrededor de las siete de la mañana, sus padres fueron avisados de lo que pasó: chicos internados y algunos muertos entre los que se encontraba ella, con un estado de inconsciencia total y casi sin signos vitales. Luego de unos días internada, sobrevivió. Lo que no sabía el trágico final de su novio. Había sido atropellado mientras trababa de seguirla a ella mientras se la llevaban al hospital. Él que si podía mantenerse en pie, pero no estaba consciente de lo que hacía ni a donde se dirigía. Ella, una vez en su casa, bajo el castigo de sus padres, se dirigió a su habitación y decidió quitarse la vida porque no soportaría vivir sin él.

Un rock accidental

Alvaro Pimentel

I

Aún recuerdo mucho esa corta temporada por Liverpool, mi mayor anhelo siempre había sido obtener el autógrafo de Paul McCartney, ex integrante de The Beatles.

A tan corta edad, de ese entonces, realmente me sentía muy obsesionado hacia ese grupo, en especial a Paul, quien dejaba todo por su público. El día llegó, estaba dentro de una

tribuna de más de 16.000 asistentes, quienes sentían el mismo deseo de pasión que yo. Estaba muy emocionado, era la primera vez que me encontraba en un gran concierto, y encima era de mis grandes ídolos.

Cuando Paul entonaba con firme voz su tema Yesterday, oí como una suave melodía repetía dicha canción al lado mio. Era una chica poco mayor que yo. Me había quedado totalmente helado, contemplando fijamente aquella hermosa figura.

Ignoré todo tipo de ruido y movimiento, que estaban en ese ambiente y solo miraba a esa chica de dulce voz. Fue cuando entonces ella volteó percatándose de mí, y solo atinó a preguntarme si traía conmigo algo de cocaína y le dije que no. Me dijo llamarse Pamela, que venía de Londres y era fanática de The Beatles. Me sentía atraído por su belleza y ella veía en mí, solo a un niño escocés de 16 años.

Fueron tan dulces las campanas que se oían en mi mente que jamás oí que en la parte trasera dos balas fueron disparadas.

II

La gente trataba de huir despavoridamente pero, para esa cantidad de personas, el lugar era muy pequeño.

Pamela estaba muy agitada por la situación, no podía escapar. Yo trataba de calmarla pero había sido en vano, ella tenía mucho miedo como para controlarse. Tomé su mano y busqué una salida. Tras empujones casi logramos salir, cuando ella cayó desmayada. Al tratar de levantarla, los guardias y asistentes me sacaron a fuerza y no pude ver a Pamela.

Sin darme cuenta, me encontraba afuera, pero con el vacío de no saber qué era lo que había pasado.

Decidido a volver día tras día, no me dieron la razón y solo me decían que los heridos ya habían regresado a sus hogares. No podía hacer nada, hasta que un hombre de gran altura me preguntó si conocía a Pamela, pues era el padre de ella. Me dijo con una voz muy desgastada, que su hija había muerto a causa de un golpe en la cabeza, el cual recibió al caer desmayada.

Había decidido volver a Escocia para olvidarme de lo ocurrido, pero hoy después de 52 años de aquel hecho, trato de recordar esa experiencia como el día que me enamoré de una fresa salvaje.

Volver

Marco Quiroga

La música dejó de sonar. Desde el baño ya no se oía nada. En el bar ya no quedaba nadie, solo yo. Habían desaparecido todos y no podía entender por qué.

Las calles de Londres veían que, de apoco, cada vez más personas caminaban hacia el mismo lugar, atraídos por algo que los llamaba, que los quería ahí. Como si algo histórico fuera a pasar.

Por supuesto que no quería ser unos menos. La curiosidad me consumía. Entonces, de a poco, comencé a seguir al montón.

Cada vez más fuerte se escuchaba la música que venía de a unas cuadras. Sólo me quedaba doblar en la esquina para poder ver lo que sucedía. Claramente era un recital. Pero no cualquiera.

Y ahí estaban ellos, los cuatro, renovados pero con el mismo espíritu de siempre. Lejos del suelo y a punto de tocar el cielo con las manos, en una terraza que los ponía en su lugar, en lo más alto.

Los Beatles se habían vuelto a reunir, tal vez como el fin de la banda pero el principio de una leyenda. La gente no lo podía creer. Solo en unos minutos la concurrencia había crecido de una manera inexplicable.

30 de enero de 1969, un día histórico para el mundo, de ayer y de siempre. Ese día, su cálida música penetró mis oídos por última vez.

Un sueño truncado

Melina Ruíz

Se miraba al espejo, se arrugaba la ropa que era un tanto desprolija, se peinaba con los dedos, sonreía al espejo y salía a la calle. En la puerta se encontraba con sus amigos y se iban al garaje de una de las casas de ellos. Ana cantaba y lo hacía muy bien, tenía una voz peculiar, grave y lenta. Trataba de imitar a Janis o Grace Slick y tenía la onda de pelo negro con los ojos grandes y delineados como Mariska Veres, se sentía única.

Todos los viernes se reunía a hacer la misma ceremonia en ese garaje sucio y maloliente. Los días que restaban solo eran de malgastar su tiempo desde temprano hasta que anochecía, de vez en cuando se encontraba con gente en algún bar de alguna calle, perdida a escuchar música y a tomar alcohol. Le gustaba mucho sus ratos de Lucy in the Sky with Diamonds donde se dejaba llevar y volaba su imaginación hasta quedar inconsciente, también era ahí cuando componía canciones sin lógica que nadie entendía y eso le atraía, era excéntrica.

Si estaban de suerte tocaban dos veces por semana en un bar no muy lejos. Era ahí donde se sentía especial, donde le gustaba estar arriba de un escenario, rodeada de gente desconocida, sentirse observada, daba lo mejor de ella cada vez y siempre tenía la esperanza de que algún Brian Epstein esté mirándola desde abajo.

Con esas presentaciones que no salían de ese bar, con las horas perdidas en las calles y con los escasos ensayos que tenía, ya cada uno estaba por su lado y se dedicaba a otra cosa que no tenían nada que ver con la música.

Ana se sentía más desanimada que nunca, ese sueño de locura, de llegar lejos, de viajar, de cantar por el mundo y ser reconocida estaba acabado. En cierto modo representaba a todas las personas que no tuvieron la afortunada suerte de encontrar el reconocimiento de miles de personas como había pasado con Los Beatles o los Stones, con los Who o Hendrix.

Si terminaban los sesenta y seguía con la misma historia, cansada de esa rutina que no la llevaba a nada, decidió dejar ese sueño trunco, cambio su actitud y comenzó a estudiar arte y la vida siguió como cualquier otra, pero le quedaban recuerdos maravillosos de su época de locura.

¿Una forma de vida o de erradicación?

Melanie Russo

En los años 60 el LSD era muy popular en el movimiento hippie. Su consumo estaba relacionado con la psicodelia. La psicodelia está definida como una euforia sensorial por sus efectos alucinógenos. Este estado fue manifestado en los movimientos artísticos de la época. Se transmitían los colores, las figuras sin sentido en las pinturas, en las tapas de los discos.

Dos historias relacionadas con el consumo de drogas se contraponen en épocas y realidades distintas. La de George y la de Lucas. George vivía en California, en el año 1965, él era parte del movimiento contracultural hippie. Pertenecía a una de las familias más prestigiosas y ricas de Estados Unidos. Con su grupo de amigos vivenciaron el Mayo Francés en un viaje de placer que realizaron por Europa. El objetivo de éste era probar todas las drogas que encontraran en su trayectoria. Pero en su ciudad natal, George era adicto a su droga preferida: el LSD.

Si bien el hipismo era en general un movimiento pacifista, su principal lucha norteamericana era culminar con la Guerra de Vietnam. Estados Unidos no estaba en su

mejor momento, no sólo que la mayoría de la población estaba en contra de su participación del conflicto bélico, sino que iban perdiendo. El gobierno debía hacer algo para solucionar por lo menos una de esas situaciones.

George muere en 1969, luego de que uno de sus amigos más recientes y cercanos desde que se insertó en el movimiento, le diera unas gotas de LSD letales e inaguantables para el cuerpo humano. Carl, su amigo proveedor era agente encubierto del gobierno.

Lucas era un chico argentino perteneciente a la clase baja durante 1999. A sus 15 años, la situación en el país estaba muy difícil, se avecinaba el estallido económico, ya más de un cuarto de la población estaba desempleada. Por suerte, a la familia de Lucas no le faltaba qué comer. Se arreglaban con el trabajo de su padre, albañil y las changas que él realizaba para ayudarlo. Sus dos hermanos todavía eran muy chicos para trabajar y estaban al cuidado de su madre.

En el 2000, el padre de Lucas perdió su trabajo. No aguantó la presión de quedarse sin empleo en ese momento y murió de un ataque cardíaco al mes.

Lucas se quedó al cuidado de sus hermanos mientras su madre trataba de conseguir trabajo, pero pasaron 6 meses y no lo logró. Ya era inevitable, Lucas no podía seguir sosteniendo su realidad. Al ver a sus hermanos pequeños enfermos y con hambre se metió en la nueva droga, el paco.

El paco era la droga más barata que se consiguió en Argentina, y no de casualidad nació en el auge de la crisis 2000-2001. Justamente porque había más pobres, más vulnerabilidad. La clase baja era el negocio del capitalismo. Si no hubiese gente que no come, la clase alta no tendría todos los recursos y el dinero que tenían. Lastimosamente, esa gente estaba condenada a perdurar en la marginalidad y no subir escalones sociales para que siguiera funcionando el sistema.

Lucas muere a principios del año 2002, totalmente adicto a la sustancia y pesando 29 kilos.

Luna de miel

Ezequiel Sacchetti

Todo era nuevo. Sentía cómo poco a poco se extendía por su cuerpo. El placer era intenso y la euforia, cada vez mayor. Dentro de la cabeza las preocupaciones se alejaban, todo parecía fluir.

Su mente se autodescubría y el control de su cuerpo ya no le pertenecía. La música era su acompañante y la marea de personas saltando, su guía. De un momento a otro, las luces se apagaron. Todo se derrumbó. Todo, menos los recuerdos de ese viaje.

Pibes conoce a Rock

Micaela Toscano

Además de callado, Pibes es el joven más adecuado del pueblo Kennedy. Estudia abogacía en Princeton, aunque quiere ser artista plástico. Viaja todos los días de la semana para que su mamá no llore. Tampoco quiere decepcionar a su padre, el juez de la legislación en calle 50, reconocido por haber encarcelado a Rock, una asesina en serie con pedido de captura internacional. Pero a Pibes no le importa el tema, prefiere dedicar el sábado a reunirse con amigos como John y Paul o a su novia Armonía, la hija del intendente.

Pero Pibes quiere más orden en su vida, quiere hacer pasantías en el nuevo estudio jurídico en calle 60. Consiguió una entrevista con Elvis de recursos humanos, por Drogdó, su mejor amigo.

El edificio es enorme y hermoso. Pibes sospecha que será el más prestigioso de Estados Unidos. De a ratos se ruboriza porque se imagina ganándole a su padre y triunfando de la mano de Armonía y sosteniendo en sus brazos a Orden, su futuro hijo. Pero antes de que

las puertas del ascensor encierren a Pibes en una caja ascendente a su éxito, una mujer se incorpora al ascensor.

Todo cambiará al mirar esos ojos negros. Harán que Pibes se sienta triste, callado y solo. Comenzará a inquietarse, a hundir su nariz en esos cabellos negros y sentirá el perfume a Flores, a ganas de moverse y tenerla cada vez más cerca.

Los sueños se desvanecen, chau trabajo ¡Al carajo todo! Ninguno de sus viejos estudia por él y no es nada lindo estar con Armonía. Y Orden no va a llegar si solo sostiene su mano ¿Quiénes son?

Que se jodan, detrás de las curvas del vestido de la desconocida, no hay silencio, Pibes quiere vivir de otra forma ¡Una mejor! Quiere estar entre sus piernas para siempre. Y luego de veinte pisos bailando y ascendiendo, Pibes sabrá que conoció a Rock, la asesina del vestido rojo.

Todo cambió

Fernando Vitale

Estaba ahí donde el mundo de la música cambió para siempre. La banda en pocos años se transformó en un fenómeno capaz de atravesar cualquier cultura, cualquier país, cualquier galaxia.

Por fin llegó el día. 15 de agosto de 1965. Se produjo un hecho sin precedentes. La primera banda del mucho en presentarse en un estadio. Nada más ni nada menos que The Beatles, el conjunto más reconocido y prestigiosos de todos los tiempos.

La cita estaba pautada para la tarde noche en el estadio Shea, en la ciudad de Nueva York. Éramos más de 55 mil, una cifra jamás antes vista en un espectáculo musical. Pero ese día se produjo un hecho memorable: el fanatismo comenzaba. Gritos que ensordecían, y la música a penas se escuchaba. En ese momento me miré con mi amigo y dijimos “los ’60 comenzaron hoy”.

Susanita, la promiscua

María Sol Zecca

Eran las ocho de un sábado por la noche y Susana decidió ir a Jackson's, un salón de baile donde los jóvenes solían juntarse a pasar el rato.

Al entrar al lugar, tuvo la leve sensación de que la gente la observaba de una forma extraña y hasta pudo atrapar a algunas chicas comentando entre sí. Bajo la mirada hacia el vestido celeste cielo que traía puesto, esperando encontrar alguna mancha o rotura en él, pero estaba impecable junto a sus zapatos blancos con tiritas.

Entre la multitud logró encontrar a sus mejores amigas. Sin embargo, al llegar junto a ellas ninguna la saludó o le dirigió la mirada.

-¡Hola chicas!- Exclamó Susana.

Sus amigas continuaron hablando entre sí.

-¡Hey! ¿Qué pasa?- inquirió con preocupación.

Ana le lanzó una mirada con mezcla de vergüenza y preocupación.

-¿Es que hice algo que les molestara?- Susana no podía entender lo que sucedía.

-No puedo creer que te atrevas a venir a este lugar y no se te caiga la cara de vergüenza- respondió Camila con tono de desprecio.

-Pero no entiendo ¿Qué pasa?

-Lo que pasa es que no nos podemos juntar con gente tan promiscua- le respondió Andrea con severidad.- ¿Te imaginas lo que diría la gente de nosotras?

-¿Promiscua?- Susana cada vez entendía menos.

-Sí, promiscua. ¿Te crees que somos tontas y no nos vamos a dar cuenta? – susurró Camila.- Anita encontró esa caja de pastillas.

Las lágrimas inundaron los ojos de Susana mientras que sus amigas se alejaban de ella. Pero no fue hasta que más tarde llegó a su dormitorio de la residencia universitaria que las dejó escapar.

Eran las diez de la noche cuando sonó la alarma del despertador que se encontraba encima de su mesita de luz. Con los ojos hinchados, abrió el cajón y tomó la cajita de las pastillas anticonceptivas que dos semanas atrás había comenzado a tomar.